

medida en que ha de mostrar su deseo, pues para él ésta es la exigencia esencial, sólo puede mostrarlo en otra parte, allí donde tiene que superar la proeza.

El aspecto de hazaña de toda la actividad del obsesivo encuentra aquí sus razones y sus motivos.

14 DE MAYO DE 1958

EL OBSESIVO Y SU DESEO

Duplicidad del deseo

Significancia del fantasma

Guiones sádicos

Permiso, prohibición, hazaña

Significancia del acting out

A través de la exploración que proseguimos de las estructuras neuróticas en cuanto condicionadas por lo que llamamos las formaciones del inconsciente, la última vez llegamos a hablar del obsesivo y terminamos nuestro discurso diciendo que ha de constituirse frente a su deseo evanescente.

Empezamos a indicar, a partir de la fórmula *el deseo es el deseo del Otro*, por qué su deseo es evanescente. La razón se ha de buscar en una dificultad fundamental en su relación con el Otro, en tanto que éste es el lugar donde el significante ordena el deseo.

Esta dimensión es la que tratamos de articular aquí, porque creemos que a falta de distinguirla se introducen las dificultades en la teoría y las desviaciones en la práctica.

De paso, queremos que se den cuenta de cuál es el descubrimiento de Freud, cuál es el sentido de su obra si la consideran tras un recorrido suficiente y en su conjunto. Consiste en que el deseo se ordena por el significante — pero, por supuesto, dentro de este fenómeno, el sujeto trata de expresar, de manifestar en un efecto de significante en cuanto tal lo que ocurre en su propio abordaje del significado.

La misma obra de Freud se inserta, hasta cierto punto, en este esfuerzo. Se ha hablado mucho a propósito de él de un naturalismo, de un esfuerzo de reducción de la realidad humana a la naturaleza. Nada de eso. La obra de Freud es una tentativa de pacto entre el ser del hombre y la naturaleza. Este pacto se busca, sin duda, en algo distinto que en una relación de innatismo, porque en la obra de Freud el hombre siempre se experimenta en base al hecho de que se constituye como sujeto de la palabra, como Yo (*Je*) del acto de la palabra. ¿Cómo negarlo, si así es como se experimenta

en el análisis y de ninguna otra forma? El hombre se encuentra, pues, frente a la naturaleza en una postura distinta de la de un portador inmanente de la vida. Donde la relación del sujeto con la naturaleza encuentra con qué formularse es en el interior de su experiencia de la palabra.

Su relación con la vida resulta estar simbolizada mediante aquel señuelo que arranca de las formas de la vida, el significante del falo, y ahí está el punto central, la más sensible y la más significativa de todas las encrucijadas significantes que exploramos a lo largo del análisis del sujeto. El falo es el vértice, el punto de equilibrio. Es el significante por excelencia de la relación del hombre con el significado, y por esta razón se encuentra en una posición privilegiada.

La inserción del hombre en el deseo sexual está condenada a una problemática especial, cuyo primer rasgo es que ha de encontrar un lugar en algo que la precede, la dialéctica de la demanda, en la medida en que ésta siempre pide algo que es más que la satisfacción a la que apela, y va más allá. De ahí el carácter problemático y ambiguo del lugar donde se sitúa el deseo. Este lugar siempre está más allá de la demanda en tanto que la demanda apunta a la satisfacción de la necesidad, y está más acá de la demanda en tanto que la demanda, por estar articulada en términos simbólicos, va más allá de todas las satisfacciones a las que apela, es demanda de amor que apunta al ser del Otro, a obtener del Otro esta presentificación esencial — que el Otro dé lo que está más allá de toda satisfacción posible, su propio ser. A eso se apunta, precisamente, en el amor.

En el espacio virtual entre el requerimiento de la satisfacción y la demanda de amor es donde el deseo ha de ocupar su lugar y ha de organizarse. Por eso sólo podemos situarlo en una posición siempre doble con respecto a la demanda, a la vez más allá y más acá, según el aspecto que consideremos de la demanda — demanda con respecto a una necesidad o demanda estructurada en términos de significante.

El deseo desborda toda clase de respuesta en el plano de la satisfacción, reclama en sí mismo una respuesta absoluta, y entonces proyecta su carácter esencial de condición absoluta en todo lo que se organiza en el intervalo interior entre los dos planos de la demanda, el plano significado y el plano significante. En este intervalo es donde el deseo ha de ocupar su lugar y ha de articularse.

Por esta razón precisamente, el Otro se convierte en el relevo¹ del acceso del sujeto a su deseo. El Otro en cuanto lugar de la palabra, en tanto que es a

1. *Relais*. Se puede entender también como “intermediario”. [N. del T.]

él a quien se dirige la demanda, será también el lugar donde se ha de descubrir el deseo, donde se ha de descubrir su formulación posible. Ahí se ejerce en todo momento la contradicción, pues este Otro está poseído por un deseo — un deseo que, inauguralmente y fundamentalmente, es ajeno al sujeto. De ahí las dificultades de la formulación del deseo en las que tropezará el sujeto, y tanto más significativamente cuando le veamos desarrollar las estructuras neuróticas que el descubrimiento analítico ha permitido delinear.

Estas estructuras son distintas según se haga hincapié en la insatisfacción del deseo, y así es como la histérica aborda su campo y su necesidad, o en la dependencia respecto del Otro en el acceso al deseo, y así es como este abordaje se le propone al obsesivo. Por esta razón, lo dijimos al acabar la última vez, en el obsesivo ocurre aquí, en (§ $\diamond a$), algo que es distinto de la identificación histérica.

1

El deseo es para el histérico un punto enigmático, y nosotros seguimos dándole todavía, por decirlo así, esa especie de interpretación forzada característica de todos los primeros planteamientos del análisis de la histeria por parte de Freud.

En efecto, Freud no vio que el deseo está situado para el histérico en tal posición, que decirle *Desea usted a éste o a ésta* es siempre una interpretación forzada, inexacta, errada. Tanto en las primeras observaciones de Freud como más tarde en el caso de Dora, o incluso, si extendemos el sentido de la palabra histeria a aquel caso de la joven homosexual que comentamos extensamente aquí el año pasado, no hay ningún ejemplo en el que Freud no haya cometido un error y no haya obtenido al menos, sin ninguna clase de excepción, la negativa de la paciente a acceder al sentido del deseo de sus síntomas y de sus actos, cada vez que así ha procedido. En efecto, el deseo de la histérica no es deseo de un objeto sino deseo de un deseo, esfuerzo por mantenerse frente a ese punto donde ella convoca² a su deseo, el punto donde se encuentra el deseo del Otro.

2. *Appelle*. La polisemia de *appeller* cubre desde la llamada hasta la reclamación, la exigencia, el anhelo, la convocación. [N. del T.]

Por su parte, ella se identifica por el contrario con un objeto. Dora se identifica con el Sr. K, Elizabeth von R. se identifica con diversos personajes de su familia o de su entorno. Para calificar el punto donde se identifica con alguien, los términos de yo o de Ideal del yo son igualmente impropios — de hecho, ese alguien se convierte para ella en su otro yo. Se trata de un objeto cuya elección siempre fue expresamente articulada por Freud de una manera conforme con lo que estoy diciéndoles, a saber, que en la medida en que ella o él reconoce en otro, o en otra, los índices de su deseo, o sea, que ella o él se encuentra frente al mismo problema de deseo que ella o él, se produce la identificación — con todas las formas de contagio, de crisis, de epidemia, de manifestaciones sintomáticas, tan característicos de la histeria.

El obsesivo tiene otras relaciones, porque el problema del deseo del Otro se le presenta de una forma del todo distinta. Para articularlo, vamos a tratar de introducirnos a través de las etapas que nos ofrece la experiencia.

En cierto modo, poco importa por dónde abordemos la vivencia del obsesivo. De lo que se trata es de no olvidar su diversidad. Las vías trazadas por el análisis, esas por las que nuestra experiencia, titubeante, hay que decirlo, nos ha incitado a encontrar la solución del problema del obsesivo, son parciales o partidarias. Por supuesto, proporcionan un material. Este material y la forma en que es utilizado, lo podemos explicar de distintas formas en relación con los resultados obtenidos.

En primer lugar, podemos criticar dichas vías en sí mismas. Esta crítica ha de ser convergente. Si se deletrea la experiencia tal como se ha orientado efectivamente, se pone de manifiesto de forma indiscutible que tanto la teoría como la práctica han tendido a centrarse en la utilización de los fantasmas del sujeto. Ahora bien, el papel de los fantasmas en el caso de la neurosis obsesiva tiene algo de enigmático, pues el término de fantasma nunca se define. Hemos hablado aquí extensamente de las relaciones imaginarias, de la función de la imagen como guía, por decirlo así, del instinto, como canal, como indicación en el camino de las realizaciones instintivas. Sabemos por otra parte hasta qué punto en el hombre es reducido, magro, pobre, el uso — hasta donde se puede detectar con certeza — de la función de la imagen, pues parece reducirse a la imagen narcisista, especular. Es, sin embargo, una función extremadamente polivalente y no neutralizada, ya que funciona por igual en el plano de la relación agresiva y en el de la relación erótica.

¿Cómo podemos articular las funciones imaginarias esenciales, predominantes, de las que todo el mundo habla, que están en el corazón de la experiencia analítica, las del fantasma, en el punto donde nos encontramos?

Creo que ahí, en ($\$ \diamond a$), el esquema que aquí presentamos nos abre la posibilidad de situar y articular la función del fantasma. Les pido que se lo representen en primer lugar de una forma intuitiva, teniendo en cuenta el hecho de que no se trata de un espacio real, por supuesto, sino de una topología donde pueden trazarse homologías.

La relación con la imagen del otro, $i(a)$, se sitúa en una experiencia integrada en el circuito primitivo de la demanda, en el cual el sujeto se dirige en primer lugar al Otro para la satisfacción de sus necesidades. Es, pues, en algún lugar de este circuito donde se produce la acomodación transactiva, el efecto de prestancia que pone al sujeto en una determinada relación con su semejante en cuanto tal. La relación de la imagen se encuentra así en el nivel de las experiencias e incluso del tiempo en que el sujeto entra en el juego de la palabra, en el límite del paso del estado *infans* al estado hablante. Una vez establecido esto, diremos que en el otro campo, allí donde buscamos las vías de la realización del deseo del sujeto mediante el acceso al deseo del Otro, la función del fantasma se sitúa en un punto homólogo, es decir en ($\$ \diamond a$).

El fantasma lo definiremos, si les parece, como lo imaginario capturado en cierto uso de significante. Además esto se manifiesta y se observa de forma característica, aunque sólo sea cuando hablamos de los fantasmas sádicos, por ejemplo, que desempeñan un papel tan importante en la economía del obsesivo.

Nótese que si lo planteamos en estos términos, si calificamos de sádica la tendencia que estas manifestaciones representan para nosotros, es en relación con una determinada obra. Esta obra, por su parte, no se presenta como una investigación de los instintos sino como un juego que no bastaría con el término de imaginario para calificarlo, ni muchos menos, porque es una obra literaria. Nos referimos a escenas, a guiones, en suma — por lo tanto, es algo profundamente articulado en el significante. Pues bien, cada vez que hablamos de fantasma, no hay que obviar su aspecto de guión o de historia que constituye una dimensión esencial suya. No es una imagen ciega del instinto de destrucción, no se trata de que el sujeto — aunque yo mismo produzca una imagen para explicar lo que quiero decir — vea de pronto ahí delante a su presa, de color rojo, es algo que el sujeto articula en una escenificación en la que, además, se pone en juego él mismo. La fórmula S con su barrita, es decir, el sujeto en el punto más articulado de su presentificación con respecto a a minúscula, es muy válida aquí en cualquier clase de desarrollo propiamente fantasmático de lo que nosotros llamaremos la tendencia sádica, en tanto que puede estar implicada en la economía del obsesivo.

Advertirán ustedes que siempre hay una escena en la que el sujeto se presenta en el guión bajo formas diversamente enmascaradas, está implicado en imágenes diversificadas donde se presentifica un otro en cuanto semejante, también como reflejo del sujeto. Diré más — no se insiste lo suficiente en la presencia de cierto tipo de instrumento.

Ya me he referido a la importancia del fantasma de flagelación. Freud lo articuló especialmente como algo que parecería desempeñar un papel muy particular en el psiquismo femenino. Éste es uno de los aspectos de la comunicación precisa que hizo sobre el tema. Lo abordó desde cierto punto de vista debido a su experiencia, pero este fantasma está lejos de limitarse al campo de los casos de los que habló Freud en aquella ocasión. Si se examina detenidamente, tal limitación era perfectamente legítima, pues dicho fantasma desempeña un papel particular en cierto hito del desarrollo de la sexualidad femenina, y en un punto particular, precisamente en tanto que en él interviene la función del significante faló. Pero esta función no desempeña un papel menor en la neurosis obsesiva y en todos los casos en los que vemos surgir los fantasmas llamados sádicos.

¿Cuál es el elemento que le da su predominio enigmático a este instrumento? No se puede decir que su función biológica lo explique bien en forma alguna. Sería posible imaginarlo buscando por el lado de no sé qué relación con las excitaciones superficiales, las estimulaciones de la piel, pero ustedes pueden apreciar hasta qué punto tales explicaciones tendrían un carácter incompleto y casi artificial. La función de este elemento, que tan a menudo aparece en fantasmas, va unida a una plurivalencia significativa que hace decantarse la balanza hacia el significado, y no hacia algo que se pudiera relacionar con una deducción de orden biológico de las necesidades, o cualquier otra cosa.

Esta noción del fantasma como algo que sin lugar a dudas participa del orden imaginario pero, cualquiera que sea el punto donde se articule, sólo adquiere su función en la economía por su función significativa, nos parece esencial y hasta ahora no ha sido formulada de esta forma. Aún diría más — no creo que haya ninguna otra forma de concebir los llamados fantasmas inconscientes.

¿Qué es un fantasma inconsciente? — sino la latencia de algo que, como sabemos por lo que hemos aprendido sobre la organización de la estructura del inconsciente, es totalmente concebible como cadena significativa. Lo fundamental de la experiencia analítica es que hay en el inconsciente cadenas significantes que subsisten en cuanto tales, que desde ahí estructuran, actúan sobre el organismo, influyen en lo que surge en el exterior como

síntoma. Es mucho más difícil concebir la incidencia inconsciente de algo imaginario que poner el propio fantasma en el nivel de lo que, en su común medida, se presenta de entrada para nosotros en el nivel del inconsciente, a saber, el significante. El fantasma es esencialmente un imaginario capturado en una determinada función significativa.

De momento no puedo articular más este planteamiento, y les propongo simplemente que sitúen, en el punto S tachada con respecto a *a* minúscula, el efecto fantasmático. Su característica es la de ser una relación articulada y siempre compleja, un guión, que puede permanecer latente durante mucho tiempo en un punto determinado del inconsciente, pero sin embargo está organizada — así como un sueño, por ejemplo, sólo se concibe si la función del significante le proporciona su estructura, su consistencia y, al mismo tiempo, su insistencia.

Es un dato de la experiencia común, y ocupa el primer plano en la investigación analítica de los obsesivos, la confirmación del lugar que tienen en el obsesivo los fantasmas sádicos. Ocupan este lugar, pero no lo ocupan por fuerza de forma patente y manifiesta. Por el contrario, en el metabolismo obsesivo, las diversas tentativas del sujeto para reequilibrarse ponen de manifiesto cuál es el objeto de su tentativa de equilibrio, o sea, conseguir reconocerse con respecto a su deseo.

Cuando vemos a un obsesivo en bruto o en estado de naturaleza, tal como nos llega o se supone que nos llega a través de las observaciones publicadas, vemos a alguien que nos habla ante todo de toda clase de impedimentos, de inhibiciones, de obstáculos, de temores, de dudas, de prohibiciones. También sabemos de entrada que no será en ese momento cuando nos hable de su vida fantasmática, sino gracias a nuestras intervenciones terapéuticas o sus tentativas autónomas de solución, de salida, de elaboración de su dificultad propiamente obsesiva. Entonces nos confiará la invasión, más o menos predominante, de su vida psíquica por fantasmas. Ustedes saben hasta qué punto esos fantasmas pueden adquirir en algunos sujetos una forma verdaderamente invasiva, absorbente, cautivante, que puede engullir partes enteras de su vida psíquica, de sus vivencias, de sus ocupaciones mentales.

Calificamos estos fantasmas de sádicos — en este caso es una simple etiqueta. De hecho, nos plantean un enigma, porque no podemos conformarnos con articularlos como las manifestaciones de una tendencia, sino que hemos de ver en ellos una organización, ella misma significativa, de las relaciones del sujeto con el Otro. Para nosotros, de lo que se trata de dar una fórmula es del papel económico de esos fantasmas.

Dichos fantasmas tienen la característica en el sujeto obsesivo de permanecer es el estado de fantasmas. Sólo son realizados de forma completamente excepcional y sus realizaciones son para el sujeto, por otra parte, siempre decepcionantes. En efecto, en este caso observamos la mecánica de la relación del sujeto obsesivo con el deseo — a medida que intenta, por las vías que se le proponen, acercarse al objeto, su deseo se amortigua, hasta llegar a extinguirse, a desaparecer. El obsesivo es un Tántalo, diría yo, si la iconografía, bastante rica, no nos presentara a Tántalo como una imagen sobre todo oral. Sin embargo, no en vano se lo presento a ustedes así, porque tendremos ocasión de ver la subyacencia oral de lo que constituye el punto de equilibrio del fantasma obsesivo.

De todas formas, esta dimensión oral por fuerza ha de existir, porque a fin de cuentas a este plano fantasmático va a parar el analista que he mencionado a propósito de la línea terapéutica trazada en la serie de los tres artículos citados. Muchos analistas se han lanzado a una práctica de absorción fantasmática con el fin de encontrar un medio de darle al obsesivo, en la vía de la realización de su deseo, una nueva forma de equilibramiento, una cierta atemperación.

Algunos resultados son indiscutibles, aunque están pendientes de crítica.

2

Observemos ya que, si tomamos las cosas por este lado, sólo vemos una cara del problema. En cuanto a la otra cara, hay que desplegar su abanico sucesivamente, sin obviar lo que se presenta de la forma más aparente en los síntomas del obsesivo y que se suele llamar las exigencias del superyó.

¿De qué forma hemos de concebir estas exigencias? ¿Cuál es su raíz en el obsesivo? De esto se tratará a continuación.

Podríamos decir que el obsesivo siempre está pidiendo permiso. Encontrarán esto en lo concreto de lo que les dice el obsesivo en sus síntomas — está inscrito y muy a menudo articulado. Si nos fiamos de este esquema, ocurre en este nivel, (§ ◇ D). Pedir permiso es, precisamente, tener como sujeto una determinada relación con la propia demanda de uno. Pedir permiso es, en la misma medida en que la dialéctica con el Otro — el Otro en tanto que habla — es puesta en cuestión, incluso en peligro, emplearse a fin de cuentas en restituir a ese Otro, ponerse en la más extrema

dependencia con respecto a él. Esto nos indica ya hasta qué punto al obsesivo le resulta esencial mantener este lugar. Aquí es donde vemos la pertinencia de lo que Freud siempre llama *Versagung*, la negativa. Negativa y permiso se implican. El pacto es negado sobre un trasfondo de promesa, esto es mejor que hablar de frustración.

No es en el plano de la demanda pura y simple donde se plantea el problema de las relaciones con el Otro, al menos cuando se trata de un sujeto al completo. El problema sólo se plantea en estos términos cuando tratamos de recurrir al desarrollo e imaginar a un niño impotente frente a su madre, como un objeto a merced de alguien. Pero como el sujeto está en una relación con el Otro que hemos definido por la palabra, hay, más allá de toda respuesta del Otro, y precisamente porque la palabra crea este más allá de su respuesta, un punto virtual en alguna parte. No sólo es virtual sino que, en verdad, si no fuera por el análisis no podríamos asegurar que nadie accediera a él — salvo mediante ese análisis esencial y espontáneo que suponemos siempre posible en alguien que realizara a la perfección el *Conócete a ti mismo*. Pero tenemos todas las razones para suponer que hasta ahora este punto sólo se ha precisado de forma estricta en el análisis.

Lo que precisa la noción de *Versagung* es, hablando con propiedad, una situación del sujeto con respecto a la demanda. Les pido que den aquí el mismo pequeño paso adelante que les pedí que dieran a propósito del fantasma. Cuando hablamos de estadios o de relaciones fundamentales con el objeto y los calificamos de oral, de anal, incluso de genital, ¿de qué estamos hablando? De cierto tipo de relación que estructura la *Umwelt* del sujeto alrededor de una función central y define su relación con el mundo a lo largo del desarrollo. Todo lo que le viene de su entorno tendría así una significación especial, debida a la refracción producida a través del objeto típico, oral, anal o genital. Aquí hay un espejismo — y esta noción únicamente se reconstruye a posteriori y se vuelve a proyectar en el desarrollo.

La concepción que critico ni siquiera está articulada habitualmente de una forma tan elaborada, y a menudo se elude. Se habla de objeto y luego, al lado, se habla de entorno, sin pensar un instante siquiera en la diferencia que hay entre el objeto típico de una relación definida por un estadio — de rechazo, por ejemplo — y el entorno concreto, con las incidencias múltiples de la pluralidad de los objetos a los cuales el sujeto, cualquiera que sea, se encuentra sometido, diga lo que diga, desde su más tierna infancia.

Hasta nueva orden, hemos de poner muy en duda la supuesta ausencia de objetos en el niño de pecho, su supuesto autismo. Si quieren ustedes creerme, tendrán esta noción por puramente ilusoria. Basta con recurrir a

la observación directa de los niños más pequeños para saber que no hay nada de eso, y los objetos del mundo son para él tan múltiples como interesantes y estimulantes.

¿De qué se trata pues? ¿Qué hemos descubierto? Podemos definirlo y articularlo como algo que es, en efecto, cierto estilo de la demanda del sujeto. ¿Dónde las hemos descubierto, estas manifestaciones que nos han hecho hablar de relaciones con el mundo sucesivamente orales, anales, genitales? Las hemos descubierto en los análisis de personas que habían superado mucho tiempo atrás los estadios en cuestión, relacionados con el desarrollo infantil. Decimos que el sujeto regresa a esos estadios — ¿qué queremos decir con esto?

Responder diciendo que hay retorno a una de las etapas imaginarias de la infancia — si son concebibles, pero supongámoslas aceptables — es una engañifa que no nos da la verdadera naturaleza del fenómeno. ¿Hay algo que se parezca a un retorno semejante? Cuando hablamos de fijación en determinado estadio en el sujeto neurótico, ¿qué podríamos tratar de articular que sea más satisfactorio que lo que suelen darnos?

Lo que vemos efectivamente en el análisis es que durante la regresión — luego veremos mejor qué quiere decir este término — el sujeto articula su demanda actual en el análisis en términos que nos permiten reconocer una determinada relación respectivamente oral, anal, genital, con cierto objeto. Esto significa que, si estas relaciones del sujeto han podido ejercer a largo de toda la secuencia de su desarrollo una influencia decisiva, es porque, en una determinada etapa, han accedido a la función de significativa.

Cuando en el inconsciente el sujeto articula su demanda en términos orales, articula su deseo en términos de absorción, se encuentra en una determinada relación ($S \diamond D$), es decir, en una articulación significativa virtual que es la del inconsciente. Esto nos permitirá calificar de fijación en determinado estadio algo que se presentará en un momento de la exploración analítica con un valor particular, y podremos considerar interesante hacer regresar al sujeto a ese estadio para que pueda elucidarse algo esencial sobre el modo en que se presenta su organización subjetiva.

Pero lo que nos interesa no es darle gravitación, ni compensación, ni siquiera reintegro simbólico a lo que fue, con mayor o menor razón, en un momento dado del desarrollo, la insatisfacción del sujeto en el plano de una demanda oral, anal u otra, insatisfacción en la que estaría detenido. Si esto nos interesa es únicamente por lo siguiente, porque en ese momento de su demanda fue cuando para él se plantearon los problemas de sus relaciones

con el Otro, que luego resultaron determinantes para el establecimiento³ de su deseo.

En otros términos, todo lo que obedece a la demanda en lo que ha vivido el sujeto es cosa pasada, de una vez para siempre. Las satisfacciones, las compensaciones que podamos darle nunca serán más que simbólicas, y dárselas puede considerarse incluso un error, si no es imposible.

No es del todo imposible, precisamente gracias a la intervención de los fantasmas, de eso más o menos sustancial sostenido por el fantasma. Pero creo que es un error de orientación del análisis, porque deja sin verificar las cuentas,⁴ al final del análisis, de las relaciones con el Otro.

3

El obsesivo, decimos nosotros, igual que la histérica, tiene necesidad de un deseo insatisfecho, es decir de un deseo más allá de una demanda. El obsesivo resuelve la cuestión de la evanescencia de su deseo produciendo un deseo prohibido. Se lo hace sostener al Otro, precisamente mediante la prohibición del Otro.

Sin embargo, esta forma de hacerle sostener el propio deseo al Otro es ambigua, porque un deseo prohibido no quiere decir un deseo extinguido. La prohibición está ahí para sostener el deseo, pero para que se sostenga ha de presentarse. Por otra parte, eso es lo que hace el obsesivo, y se trata de saber cómo.

La forma en que lo hace es, como ustedes saben, muy compleja. A la vez lo muestra y no lo muestra. Por decirlo todo, lo camufla, y es fácil comprender por qué. Sus intenciones, por decirlo así, no son puras.

Esto ya se había visto, es lo que se ha designado precisamente como la agresividad del obsesivo. Toda emergencia de su deseo sería para él ocasión de aquella proyección, o de aquel temor de venganza, que inhibiría todas sus manifestaciones. Creo que éste es un primer planteamiento de la cuestión, pero eso no es todo. Es desconocer qué está en juego en el fondo decir, simplemente, que el obsesivo se balancea en un columpio y que su deseo, si su

3. *Mise en place*. [N. del T.]

4. *Laisse non apurée*. La expresión proviene del ámbito de la contabilidad y se refiere a la verificación final de una cuenta, su comprobación o su intervención. [N. del T.]

manifestación se vuelve agresiva porque ha ido demasiado lejos, vuelve a bajar u oscila de nuevo hacia una desaparición debido al temor a la represalia efectiva del otro por su agresividad, o sea, debido al temor a sufrir por parte del otro una destrucción equivalente a la del deseo que él manifiesta.

Creo que es conveniente una aprehensión global de lo que está en juego en este caso, y para conseguirlo no hay quizá mejor procedimiento que pasar por las ilusiones que suscita la relación con el otro en nosotros mismos, en nosotros, analistas, y en el interior de la teoría analítica.

La noción de la relación con el otro siempre se ve arrastrada hacia un deslizamiento que tiende a reducir el deseo a la demanda. Si el deseo es efectivamente lo que he articulado aquí, es decir, lo que se produce en la hiancia que la palabra abre en la demanda, y por lo tanto está más allá de toda demanda concreta, queda claro que toda tentativa de reducir el deseo a algo cuya satisfacción se demanda tropieza con una contradicción interna. Casi todos los analistas, su comunidad, consideran actualmente el acceso a la oblatividad como la cima y el súmmum de aquella feliz realización del sujeto que llaman la madurez genital — a saber, al reconocimiento del deseo del otro en cuanto tal. Les di un ejemplo de esto en un pasaje del autor que he puesto en tela de juicio, sobre la profunda satisfacción que aporta la satisfacción dada a la demanda del otro, lo que comúnmente se llama el altruismo. Esto, precisamente, es dejar escapar lo que se ha de resolver de forma efectiva en el problema del deseo.

Por decirlo todo, creo que el término de oblatividad, tal como nos lo presentan en esta perspectiva moralizante, es, podemos decirlo sin forzar los términos, un fantasma obsesivo. Es indudable que en el análisis, tal como se presentan las cosas, los temperamentos — por razones muy fáciles de entender, me refiero a los que la práctica teoriza —, los temperamentos histéricos son mucho más escasos que las naturalezas obsesivas. Una parte del adoctrinamiento del análisis se hace en la línea de y de acuerdo con los procedimientos de las aspiraciones obsesivas. Ahora bien, la ilusión, el propio fantasma que está al alcance del obsesivo, es que a fin de cuentas el Otro consienta a su deseo.

Esto acarrea de por sí dificultades extremas, pues si es preciso que consienta, ha de ser de una forma completamente distinta de una respuesta a alguna satisfacción cualquiera, de una respuesta a la demanda. Pero, después de todo, es más deseable que eludir el problema y darle una solución en cortocircuito pensando que, a fin de cuentas, basta con ponerse de acuerdo — que, para encontrar la felicidad de la vida, basta con no infligir a los demás las frustraciones de las que uno mismo ha sido objeto.

Algunos de los resultados infelices y perfectamente confusionales del análisis tienen su principio en cierto número de suposiciones sobre lo que constituye la feliz conclusión del tratamiento analítico, cuyo efecto es exaltar al sujeto obsesivo ante la perspectiva de sus buenas intenciones, que en este caso surgen rápidamente y lo incitan a entregarse a una de sus tendencias más comunes, expresada más o menos así — *No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti*. Este imperativo categórico, estructurante en la moral, no siempre tiene un empleo práctico en la existencia, y está del todo fuera de lugar cuando se trata de una realización como la conjunción sexual.

La clase de relación con el otro consistente en ponerse en su lugar es un deslizamiento tentador, y tanto más si el analista, estando precisamente frente a su otro con minúscula, su semejante, en una relación agresiva, se siente naturalmente tentado de pasar a la posición de salvarlo, por así decirlo. Salvar al otro es, ciertamente, lo que está en el fondo de toda una serie de ceremoniales, de precauciones, de rodeos, en suma, de todos los teje-manajes del obsesivo. Si es para llegar a generalizar lo que se manifestaba en sus síntomas — sin duda, no sin razón y de una forma mucho más complicada —, si es para hacer una extrapolación moralizante y proponerle como fin y solución de sus problemas lo que se llama la salida oblativa, es decir, la sumisión a las demandas del Otro — pues bien, en verdad no vale la pena dar este rodeo. En realidad, como lo demuestra la experiencia, sólo es sustituir un síntoma por otro, y por un síntoma muy grave, porque nunca deja de engendrar el resurgimiento — bajo otras formas más o menos problemáticas — de la pregunta del deseo, que nunca ha sido ni podría ser resuelta en absoluto por este procedimiento.

En esta perspectiva, se puede decir que los procedimientos que encuentra por sí mismo el obsesivo, en los que busca la solución del problema de su deseo, son más adecuados — si no son adaptados — porque al menos este problema se lee en ellos de una forma clara. Entre las formas de solución, las hay por ejemplo que se sitúan en el plano de una relación efectiva con el otro. La forma en que el obsesivo se comporta con su semejante cuando todavía es capaz de hacerlo, cuando no está sumergido por sus síntomas — y es raro que lo esté por completo —, es en sí misma suficientemente indicativa. Esto va a parar, sin duda, a un callejón sin salida, pero con todo da una indicación que no es tan mala en cuanto a la dirección.

Por ejemplo, les he hablado de las hazañas de los obsesivos. ¿Qué es esta hazaña? Para que haya hazaña, hace falta ser al menos tres, porque uno no lleva a cabo su hazaña solo. Hace falta ser al menos dos, o algo pareci-

do, para ganar un desafío, para que haya un *sprint*. Luego, hace falta también que haya alguien que registre y sea el testimonio. Lo que trata de obtener en la hazaña el obsesivo es precisamente esto, que llamábamos hace un momento el permiso del Otro, y ello en nombre de algo que es muy polivalente. Se puede decir — en nombre de tal cosa, se lo merece. Pero la satisfacción que trata de obtener no se clasifica en absoluto en el terreno donde se lo merece.

Observen la estructura de nuestros obsesivos. Lo que llaman efecto del superyó, ¿qué quiere decir? Quiere decir que se infligen toda clase de tareas particularmente duras, agotadoras, y por otra parte lo consiguen, lo consiguen tanto más fácilmente cuanto que es lo que desean hacer — pero lo consiguen muy, muy brillantemente, y por eso tendrían todo el derecho a unas pequeñas vacaciones en las que uno haría lo que quisiera, de ahí la dialéctica bien conocida del trabajo y las vacaciones. En el obsesivo, el trabajo es algo muy eficaz, está hecho para liberar el tiempo de partir a toda vela, el tiempo de las vacaciones — y habitualmente la travesía de las vacaciones resultará más o menos desperdiciada. ¿Por qué? Porque de lo que se trataba era de obtener el permiso del Otro. Ahora bien, el otro — ahora me refiero al otro de hecho, al otro que existe — no tiene nada que ver en absoluto con toda esta dialéctica, por la simple razón de que el otro real está, desde luego, demasiado ocupado con su propio Otro, y no tiene ninguna razón para cumplir la misión de concederle a la hazaña del obsesivo su pequeña corona, o sea, lo que sería precisamente la realización de su deseo, en tanto que este deseo no tiene nada que ver con el terreno donde el sujeto ha demostrado todas sus capacidades.

Todo esto es una fase muy sensible, y vale la pena exponerla bajo su aspecto humorístico. Pero no se limita a esto. El interés de conceptos como el del Otro con mayúscula y el otro con minúscula es que estructuran relaciones vividas en mucho más que en una sola dirección. Se puede decir también, desde cierto punto de vista, que en la hazaña el sujeto domina, doma, incluso domestica una angustia fundamental — esto ya lo han dicho otros. Pero también en este caso se desconoce una dimensión del fenómeno, a saber, que lo esencial no está en la pericia, en el riesgo que se corre y que el obsesivo siempre corre dentro de límites muy estrictos — una sabia economía distingue estrictamente todo lo que el obsesivo arriesga en su hazaña de cualquier cosa parecida al peligro de muerte en la dialéctica hegeliana.

Hay en la hazaña del obsesivo algo que permanece siempre irremediablemente ficticio, porque la muerte, quiero decir aquello en lo que se encuentra el verdadero peligro, no reside en el adversario a quien él parece

desafiar sino ciertamente en otra parte. Está precisamente en aquel testigo invisible, aquel Otro que está ahí como espectador, el que cuenta los tantos y dirá del sujeto — ¡*Decididamente*, como se dice en algún lugar del delirio de Schreber, *es duro el muchacho!* Siempre encontramos esta exclamación, esta forma de acusar el golpe, como algo implícito, latente, deseado en toda la dialéctica de la hazaña. El obsesivo se encuentra aquí en una determinada relación con la existencia del otro como alguien que es su semejante, como alguien en cuyo lugar se puede poner, y precisamente porque puede ponerse en su lugar no hay en realidad ninguna clase de riesgo esencial en lo que demuestra, en sus efectos de prestancia, de juego deportivo, de riesgo que más o menos asume. El otro con quien juega es siempre, a fin de cuentas, un otro que es él mismo y que, de entrada, le cede de todas formas la palma, como quiera que lo haga.

Pero el que es importante es el Otro ante quien todo esto ocurre. Éste es el que hay que preservar a toda costa, el lugar donde se registra la hazaña, donde se inscribe su historia. Esto hay que mantenerlo a toda costa. Es lo que hace que el obsesivo se mantenga tan pegado a todo lo que es del registro verbal, de la categoría del cómputo, de la recapitulación, de la inscripción, también de la falsificación. Lo que el obsesivo quiere mantener ante todo, aunque no lo parezca, aparentando pretender otra cosa, es este Otro en el que las cosas se articulan en términos de significante.

He aquí, pues, un primer planteamiento de la cuestión. Más allá de toda demanda, de todo lo que desea este sujeto, se trata de ver a qué va dirigido en su conjunto el comportamiento del obsesivo. Su objetivo esencial, no hay duda, es el mantenimiento del Otro. Éste es el objetivo primero, preliminar, en el interior del cual, únicamente, puede cumplirse la validación tan difícil de su deseo. ¿Qué puede ser, qué será esta validación? Es lo que tendremos que articular a continuación. Pero primero era preciso fijar los cuatro confines de su comportamiento de tal forma que los árboles no nos oculten el bosque.

La satisfacción de sorprender uno u otro de los pequeños mecanismos de su comportamiento, con su estilo propio, no debe fascinarnos ni detenernos. Evidentemente, fijarse en un detalle cualquiera de un organismo proporciona siempre una satisfacción que no es del todo ilegítima, porque efectivamente, al menos en el dominio de los fenómenos naturales, un detalle refleja siempre algo de la totalidad. Pero en una materia cuya organización es tan poco natural como la de las relaciones del sujeto con el significante, no podemos fiarnos del todo de la reconstrucción de toda la organización obsesiva a partir de determinado mecanismo de defensa — si es que pueden inscribir todo esto en el catálogo de los mecanismos de defensa.

Yo trato de hacer algo distinto. Trato de hacerles encontrar los cuatro puntos cardinales con los que se orienta y se polariza cada una de las defensas del sujeto. Hoy ya tenemos dos. Primero hemos abordado el papel del fantasma. Ahora veremos, a propósito de la hazaña, que la presencia del Otro en cuanto tal es fundamental. Hay otro punto al que por lo menos quisiera introducirles.

Al oír hablar de hazaña, han pensado ustedes sin duda en toda clase de comportamientos de sus obsesivos. Hay una hazaña que quizás no merece del todo ser etiquetada bajo el mismo título, es lo que se llama en el análisis el *acting out*.

En cuanto a esto, me he dedicado — ustedes se dedicarán a ello también, así lo espero, siguiendo mi ejemplo, aunque sólo sea para confirmar lo que planteo — a algunas investigaciones en la literatura. Es muy sorprendente, tanto, que no se encuentran salidas. El mejor artículo sobre el tema es el de Phyllis Greenacre, titulado “General Problems of Acting out”, publicado en el *Psychoanalytic Quarterly*, en 1950 — un artículo muy notable porque muestra que hasta ahora no se ha articulado nada válido al respecto.

Creo que es preciso delimitar el problema del *acting out*, y que es imposible hacerlo si nos atenemos a la noción general de que es un síntoma, de que es un compromiso, de que tiene un doble sentido, de que es un acto de repetición, porque esto es diluirlo entre las compulsiones de repetición en sus formas más generales. Si este término tiene algún sentido, es en la medida en que designa una clase de acto que sobreviene en el curso de una tentativa de solución del problema de la demanda y del deseo. Por eso se produce de una forma electiva en el curso del análisis, porque, aunque en efecto puede ocurrir fuera del análisis, se trata ciertamente de una tentativa de solución del problema de la relación entre el deseo y la demanda.

El *acting out* se produce sin lugar a dudas a lo largo del camino de la realización analítica del deseo inconsciente. Es extremadamente instructivo, porque si examinamos lo que caracteriza al efecto de *acting out*, encontramos en él toda clase de componentes absolutamente necesarios, por ejemplo lo que lo distingue por completo de lo que se llama un acto fallido, o sea lo que yo llamo con más propiedad aquí un acto logrado, quiero decir un síntoma, pues deja ver claramente una tendencia. El *acting out* contiene siempre un elemento altamente significativo, precisamente porque es enigmático. No llamaremos nunca *acting out* sino a un acto que se presente con un carácter muy especialmente inmotivado. Esto no significa que

no tenga causa, sino que es muy injustificable psicológicamente, porque es un acto siempre significado.

Por otra parte, en el *acting out* siempre desempeña un papel un objeto — un objeto en el sentido material del término, algo que me verá llevado a tratar la próxima vez, para mostrarles precisamente la función limitada que conviene conceder en toda esta dialéctica al papel del objeto. Hay casi una equivalencia entre el fantasma y el *acting out*. El *acting out* está en general estructurado de una forma que se parece mucho a la de un guión. A su manera, es del mismo nivel que el fantasma.

Una cosa lo distingue del fantasma y también de la hazaña. Si la hazaña es un ejercicio, una proeza, un juego de manos destinado a complacer al Otro, a quien, ya se lo he dicho, le importa un bledo, el *acting out* es distinto. Es siempre un mensaje, y por eso nos interesa cuando se produce en un análisis. Siempre va dirigido al analista, en la medida en que éste no está en suma demasiado mal situado, pero tampoco está del todo en su lugar. En general, es un *hint* que nos lanza el sujeto, y a veces llega muy lejos, a veces es muy grave. Si el *acting out* se produce fuera de los límites del tratamiento, quiero decir después, es evidente que el analista no podrá sacar demasiado provecho de él.

Cada vez que nos vemos llevados a designar de forma precisa este acto paradójico que tratamos de aprehender bajo el nombre de *acting out*, vemos que se trata de alcanzar, en esta línea, una clarificación de las relaciones del sujeto con la demanda que revele que cualquier relación con dicha demanda es fundamentalmente inadecuada para permitirle al sujeto acceder a la realidad efectiva del efecto del significante sobre él, es decir, situarse en el nivel del complejo de castración.

Esto puede malograrse — trataré de mostrárselo la próxima vez — en la medida en que, en este espacio intervalar, intermedio, donde se producen todos esos turbios ejercicios que van desde la hazaña al fantasma y desde el fantasma a un amor apasionado y parcial, hay que decirlo, por el objeto — Abraham no habló nunca de objeto parcial, habló de amor parcial del objeto —, el sujeto ha obtenido soluciones ilusorias, y en particular aquella solución que se manifiesta en lo que llaman la transferencia homosexual en la neurosis obsesiva.

Esto es lo que llamo la solución ilusoria. La próxima vez espero mostrarles en detalle por qué es una solución ilusoria.